

La crítica como proyecto intelectual. Hilvanes continuistas del pensamiento social latinoamericano

Verónica Giordano¹

Fecha de recepción: 18 de junio de 2017

Fecha de aprobación: 16 de agosto de 2017

Resumen

La década del noventa significó un grave retroceso para la tradición de pensamiento crítico en América Latina. El colonialismo intelectual degradó esa valiosa cualidad que había distinguido a nuestras ciencias sociales en los años sesenta y setenta: pensar críticamente desde América Latina y para América Latina. La interdisciplinariedad y la historicidad fueron reemplazadas por una reclusión en el núcleo duro de saberes específicos, los cuales prescindieron de toda referencia temporal en nombre de la objetividad. Concomitantemente, se multiplicaron las citas de autoridad de pensadores foráneos que, en general, desconocían los problemas específicos de nuestra región. En años recientes la crítica, como característica indispensable para una ciencia propia, se había revalorizado de la mano de proyectos políticos que afirmaban la soberanía nacional, en consonancia con la autonomía intelectual. Pero el giro a la derecha que se está produciendo en el mundo y en la región en la actual coyuntura está provocando un grave embate a la capacidad crítica. Este artículo propone pensar la sociología crítica latinoamericana como sociología histórica desde la perspectiva de la hibridación de disciplinas, para luego trazar una genealogía de pensamiento crítico que se perfila como proyecto intelectual de transformación social.

Palabras clave: sociología latinoamericana, sociología histórica, pensamiento latinoamericano, pensamiento crítico.

The critical as an intellectual project. A continued thread of Latin American social thinking

Abstract

The decade of 1990's represented a sharp setback for the critical thinking tradition in Latin America. Intellectual colonialism undermined that valuable quality that had distinguished our social sciences in the 1960s and 1970s: to think critically from Latin America and for Latin America. Inter disciplines and historicity were replaced by a reclusion in the hard core of specific

1 Doctora en Ciencias Sociales. Investigadora del CONICET y profesora de la UBA, Buenos Aires, Argentina. Contacto: veronicaxgiordano@gmail.com. GESHAL (geshal.sociales.uba.ar).

knowledge, which managed without temporal references in the name of objectivity. Likewise, authority quotations were multiplied by foreign thinkers, who, in general, did not know the specific problems of our region. In recent years, criticism, as an essential characteristic for a science of its own, had been revalued by political projects affirming national sovereignty, in line with intellectual autonomy. But the shift to the right occurring in the world and in the region in the current conjuncture is generating a serious conflict with the critical capacity. This article proposes to think of the critical Latin American sociology as historical sociology from the perspective of hybridization of disciplines, in order to trace a genealogy of critical thinking that emerges as an intellectual project for social transformation.

Keywords: Latin American sociology, historical sociology, Latin American thinking, critical thinking.

A crítica como projeto intelectual. Hilvanes continuistas do pensamento social latino-americano

Resumo

A década do 90 representou um grave revés para a tradição do pensamento crítico na América Latina. O colonialismo intelectual degradou essa qualidade valiosa que distinguiu nossas ciências sociais nos anos sessenta e setenta: pensar criticamente desde América Latina e para América Latina. A interdisciplinaridade e a historicidade foram substituídas por uma reclusão no núcleo duro do conhecimento específico, os quais dispensaram de toda referência temporal em nome da objetividade. Concomitantemente, multiplicaram-se as citações de autoria de pensadores estrangeiros, o que, em geral, desconheciam os problemas específicos da nossa região. Nos últimos anos, a crítica, como característica indispensável para uma ciência própria, foi revalorizada da mão de projetos políticos que afirmavam a soberania nacional, de acordo com a autonomia intelectual. Mas o giro para a direita que está ocorrendo no mundo e na região na atual conjuntura está provocando um grave conflito com a capacidade crítica. Este artigo propõe pensar a sociologia latino-americana crítica como sociologia histórica desde a perspectiva da hibridização de disciplinas, a fim de traçar uma genealogia de pensamento crítico que emerge como projeto intelectual de transformação social.

Palavras-chave: sociologia latino-americana, sociologia histórica, pensamento latino-americano, pensamento crítico.

A modo de introducción

La década del noventa significó un grave retroceso para la tradición de pensamiento crítico en América Latina. Con el embate de una nueva ola de colonialismo intelectual se degradó esa valiosa cualidad que había distinguido a nuestras ciencias socia-

les en los años sesenta y setenta: pensar críticamente desde América Latina y para América Latina.

La interdisciplinariedad y la historicidad fueron reemplazadas por una reclusión en el núcleo duro de los saberes específicos, que prescindieron de toda referencia temporal. Para peor, estos análisis fueron elaborados recurriendo a citas de autoridad de pensadores foráneos que, en general, desconocían las especificidades de los problemas de nuestra región. Asimismo, el estudio de los procesos de transformación social en gran escala fue reemplazado por la mera descripción de fragmentos microscópicos de la realidad, y la búsqueda de semejanzas y diferencias a través de la comparación y las preguntas integrales, fueron reemplazadas por el mero afán tecnocrático de medir esos fragmentos con presunta objetividad.

Este proceso tuvo una franca reversión en la primera década del siglo XXI. A nivel global puede situarse el inicio de un nuevo ciclo en 2001, con la fundación del Foro Social Mundial en Porto Alegre, en oposición del Foro Económico Mundial, que había sido sostén de las reformas neoliberales contra el Estado de Bienestar y el desarrollismo implementadas por Margaret Thatcher y Ronald Reagan en el hemisferio norte, y que, como sabemos, derramaron sobre todo el globo. En el nivel regional, ese mismo año 2001, la crisis múltiple de Argentina y un año antes la de Ecuador y un año después la de Brasil, fueron también signos de una época de cambios. En este contexto, América Latina fue interrogada y volvieron a revisarse textos icónicos del pensamiento crítico latinoamericano, de la mano de proyectos políticos que afirmaban la soberanía nacional, en consonancia con la autonomía intelectual. La sociología histórica y la investigación comparativa recobraron fuerza y permitieron captar las especificidades nacionales desplegadas en un cuadro de conjunto de América Latina en el mundo.

Hoy el pensamiento crítico sufre un nuevo embate. No sólo los aires de posverdad que llegan desde Estados Unidos y Eu-

ropa descalifican la crítica como capacidad intelectual válida y valiosa para el cambio, sino que además, en América Latina, la devaluación de esa capacidad es alimentada desde las usinas de pensamiento de las fuerzas de derecha: Jaime Durán Barba, Santiago Nieto y Alejandro Rozitchner se han ocupado de esto en sus declaraciones y en sus escritos². El neoliberalismo y sus esquemas de pensamiento siguen acechando con fuerza.

Este artículo propone pensar la sociología crítica latinoamericana como sociología histórica desde la perspectiva de la hibridación, para trazar una genealogía de pensamiento crítico que se perfila como proyecto intelectual de transformación social.

La sociología histórica como un híbrido

Dogan y Pahre (1993) definen la “hibridación de disciplinas” como un proceso permanente y constitutivo del desarrollo de las ciencias. A través del tiempo, el patrimonio científico de las disciplinas formales se acrecienta a tal punto que la especialización y la fragmentación se acentúan. Los distintos campos especializados se combinan con fragmentos de otras disciplinas conformando híbridos, los cuales logran una mayor o menor institucionalización, agotándose en sí mismos o llegando a convertirse en una nueva disciplina, susceptible a su vez de especializarse y fragmentarse³.

La sociología histórica es un híbrido, es decir, resultado de “la combinación de dos especialidades contiguas” (Dogan y Pahre, 1993). Ella se consolidó como tal en Estados Unidos en los setenta,

2 Durán, J. y Nieto, S. (2006). *Mujer, sexualidad, Internet y política. Los nuevos electores latinoamericanos*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006. De los mismos autores, *El arte de ganar: cómo usar el ataque en campañas electorales exitosas*. Buenos Aires: Sudamericana, 2011. De Alejandro Rozitchner, *Ganas de vivir. La filosofía del entusiasmo*. Buenos Aires: Sudamericana, 2010. Un análisis de la circulación de ideas de las derechas en el mercado editorial, en Giordano (en prensa) y Giordano y Soler (2015).

3 Por ejemplo, desde hace unos años, hay secciones de sociología histórica en la American Sociological Association y en la International Sociological Association.

reponiendo el pensamiento de los padres fundadores, principalmente de Karl Marx y de Max Weber, mediante un análisis sobre transformaciones políticas, sociales y económicas de gran escala (Skocpol, 1991). Fue un proyecto intelectual que se forjó a partir de mediados de los años cincuenta, como reacción a la pretensión hegemónica de los microanálisis, la sociología ahistórica y las visiones unilineales. Son referentes de esta corriente Charles Wright Mills, en *La imaginación sociológica* (1959), Reinhard Bendix, en *Nation-Building and Citizenship* (1964), Barrington Moore, en *Social Origins of Dictatorship and Democracy* (1966), entre otros. En general, la riqueza teórica de esta producción provino de las enormes comparaciones entre unidades nacionales o Estados-Nación y adquirió más volumen en los años setenta y ochenta. Dos clásicos aportes en este campo fueron el de Immanuel Wallerstein, en *Modern World System* (1974), Theda Skocpol, en *States and Social Revolutions* (1979) y Michael Mann, en *The Sources of Social Power* (1986).

La sociología histórica ha sido definida como “una continua tradición de investigación sobre la naturaleza y efectos de estructuras a gran escala y de procesos de cambio a largo plazo” (Skocpol, 1991), o también, como el intento de entender la relación entre acción humana, personal o colectiva, y la organización o estructura social como algo que se construye de forma continua en el tiempo (Abrams, 1982). En otros términos, se trata de una mirada sobre “grandes estructuras, largos procesos y enormes comparaciones” (Tilly, 1991).

La sociología histórica es un proyecto intelectual que va más allá de la interdisciplinariedad o de la transdisciplinariedad. No se basa en intercambios momentáneos, sino que se funda en algo nuevo: un híbrido es una unidad diferenciada de las disciplinas que le dieron origen. En el prefacio a su libro, Dogan y Pahre (1993) invitan a pensar las fronteras disciplinarias de un modo realmente estimulante:

Conferimos un sentido noble a una palabra que en todos los idiomas se utiliza despectivamente. Dicha

palabra es *marginal*. Aquí la empleamos de acuerdo con la significación literal que tenía en latín *margo* = borde. Así, la palabra en cuestión significa para nosotros estar en las fronteras de la disciplina, incluso hallarse a la vanguardia. El progreso científico se realiza en círculos que no comparten el mismo centro, fenómeno certificado por la historia de la ciencia, donde la nueva frontera aparece como fuente de innovación creadora (p. 1).

Los autores apuestan a una combinación desde los márgenes disciplinarios como clave de bóveda para la innovación científica. Esto no significa aniquilamiento de las disciplinas de origen. La hibridación ocurre en la intersección de dos o más disciplinas, pero lejos de absorberlas, mantiene vigentes los núcleos disciplinarios matrices. La sociología histórica es un “dominio híbrido”, que toma de la sociología las preguntas acerca del cambio social en gran escala y la teorización y conceptualización, y de la historia el relevamiento de los hechos en la menor escala posible. La estrategia de investigación privilegiada es la comparación, buscando la singularidad para insertarla en esquemas generales de explicación.

Precisamente, uno de los principales debates desarrollados en el campo de la sociología histórica se ha ocupado de este asunto. Tomamos aquí el punto de vista de Passeron (1994), quien postula que existe un carácter indiferenciado en el estatuto epistemológico de las ciencias sociales, y propone que las distinciones se observan en el nivel de los *habitus* científicos de cada una de las disciplinas.

Sin hacer referencia al concepto bourdieano, pero claramente remitiendo a la relación entre esquemas de acción y pensamiento y posición social en un campo determinado, Viales (2006) sostiene que la construcción de las ciencias sociales no debe verse como una evolución hecha de discontinuidades o saltos en el vacío. Afirma que es preciso relevar no sólo las rupturas sino

también las continuidades, y propone interpretar el proceso en términos de “prácticas científicas”⁴.

Con todo lo dicho, podemos afirmar que la identidad de la sociología histórica latinoamericana resulta de la combinación de unas *prácticas* de conocimiento e investigación que en conjunto se configuran en relación inmediata con los problemas sociales nacionales e internacionales en juego, y con las teorías científicas nativas e implantadas que están en circulación en cada momento (Wallerstein, 1996). La perspectiva propuesta permite captar la complejidad de cada instancia del proceso de institucionalización, sobre todo, su historicidad y contingencia, a la vez que pone de relieve el carácter de sociología histórica de la sociología latinoamericana.

Relevando las continuidades

El venezolano Virgilio Tosta, un conspicuo hibridador de disciplinas, “formuló la hipótesis de la existencia de una ‘sociología iberoamericana’ que tuvo sus orígenes en las observaciones sociales posteriores al proceso de conquista de América, pero que se conformó de manera más unitaria después de la emancipación política de 1821” (Viales, 2006, p. 132). Es cierto, como el autor sostiene, que la reflexión social que corresponde a esta “sociología iberoamericana” es anterior a la sistematización de la sociología que hiciera Auguste Comte hacia 1830. Y aunque sabemos que el proceso de diferenciación de las disciplinas es concomitante al proceso de modernización social y de la separación de esferas de la ciencia y el Estado, ensayaremos en esta sección un recorrido en términos de continuidades⁵.

4 Varios autores, al definir la sociología histórica, prefieren usar términos como “tradiciones de investigación” o “prácticas científicas” (Skocpol, 1991; Passeron, 1994; Bourdieu, 2000; Adams y otros, 2005).

5 En este sentido, vale la pena subrayar que hacia 1821 América Latina recién estaba comenzando ese proceso de adquisición de “atributos de estatidad”. Véase Oszlak (1978), un atento lector de los sociólogos históricos británicos y norteamericanos

De la reflexión social de la primera mitad del siglo XIX hay escritos emblemáticos. En México, de José María Luis Mora, la *Revista política de las diversas administraciones que la República Mexicana ha tenido hasta 1937* (1938). En Argentina, de Domingo F. Sarmiento, *Facundo* (1845); de Juan Esteban Echeverría, *El Dogma Socialista* (1846); de Juan Bautista Alberdi, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1852). En Chile, de Francisco Bilbao, *Sociabilidad chilena*, un ensayo de 1844 que le costó un juicio por delito de blasfemia. Bilbao fue además fundador, junto a Santiago Arcos, de la Sociedad de la Igualdad, una importante organización política e intelectual. En Colombia, de Francisco de Paula Santander, *Apuntamientos para las memorias sobre Colombia i la Nueva Granada por el General Santander* (1838), sus *Escritos políticos* y los artículos periodísticos bajo el seudónimo de Juan de Dios Restrepo (Emiro Kastos) entre 1850 y 1855 en el *Neo-Granadino*. En Uruguay cabe mencionar a Francisco Acuña de Figueroa y sus *Obras Completas*, recopiladas en 1844⁶.

Si bien es cierto que estos escritos se fundaban en la contrastación con los hechos sociales del entorno con pretensiones de objetividad, estas interpretaciones estuvieron lejos de constituir una escuela de pensamiento o una reflexión inscrita en algún saber institucionalizado o específico.

Los escritos mencionados arriba no siempre pensaban más allá del territorio local. En este sentido, la resonancia latinoamericana del pensamiento social ocurrió recién hacia fines del siglo XIX. Las ideas que reflejaban una identidad regional se forjaron al compás de la fase del imperialismo denominada de dualidad angloamericana, precisamente por la disputa por la hegemonía entre Inglaterra y Estados Unidos sobre los países de América

contemporáneos, quien adopta los atributos de "estadidad", primeramente definidos por J. P. Nettl y luego utilizados por Phillippe C. Schmitter y otros.

6 Agradezco a Nathalie Goldwaser haberme señalado estas referencias sobre Colombia, Chile y Uruguay. Recuperado de <http://geshal.sociales.uba.ar/articulos-nathalie-goldwaser-yankelevich/>

Latina. Así, en 1891, el cubano José Martí, héroe de la (tardía) independencia en Cuba, publicó *Nuestra América*. A diferencia de otros referentes del pensamiento emancipador latinoamericano, y justamente por el clima de época en el cual le tocó vivir (pues el contexto geopolítico de fin de siglo ya no era el mismo que el de 1810), sus ideas tuvieron un claro tinte antiimperialista. En *Nuestra América* (expresión retomada del héroe de la independencia Francisco de Miranda), Martí sostenía: “No hay odio de razas porque no hay razas”. Al contrario de muchos de los pensadores contemporáneos que, en nombre de supuestos particularismos, clasificaban y jerarquizaban a la sociedad según la “raza”, Martí afirmaba “la identidad universal del hombre” (tomado de Funes y Ansaldi, 2004, p. 486). Tal como afirma Viales (2006, p. 134), con esto Martí introdujo un problema sociológico fundamental: “la construcción social de la diferencia”.

El pensamiento de Martí convivió con el avance de las ideas positivistas y racialistas importadas de Europa. Así, hacia 1870, el pensamiento radical de la emancipación estaba ya sofocado en pos de unas versiones de la realidad social local justificadoras del nuevo orden que se edificaba sobre bases oligárquicas. Conspicuos pensadores vernáculos buscaron en el positivismo europeo explicaciones que satisficieran su preocupación por comprender la realidad social. La modernización económica, política y social de esos años trajo aparejada, entre otras cuestiones, la renovación del pensamiento. Esto ocurrió fundamentalmente en México, con la reforma liberal de Benito Juárez, donde los referentes del positivismo fueron su ministro de Educación, Gabino Barreda, y más tarde Justo Sierra; en Brasil, con el movimiento republicano y Benjamín Constant, y más tarde los positivistas ortodoxos: Miguel Lemos y Raimundo Texeira Mendes; en Argentina, menos ortodoxamente transmitido y aprovechando el fuerte impulso a la formalización de la educación de Domingo F. Sarmiento; y en Chile, con los esfuerzos de José Victorino Lastarria y luego de su discípulo Valentín Letelier (Hale, 1991).

Hacia 1900 aparecieron los primeros signos de crisis de la dominación oligárquica. Las consignas del positivismo, resumibles en la expresión “orden y progreso”, fueron reformuladas en clave racialista, recuperando el pensamiento de Herbert Spencer y de Charles Darwin, mucho más útil para atender la “cuestión social” que el pensamiento de Auguste Comte. Las disciplinas que impartieron esta forma de conocimiento fueron principalmente la biología, la medicina, la antropología física, la psicología social, así como las teorías de la evolución de las especies y de la sociedad en general. En este marco tuvieron amplia circulación los escritos de los europeos Hippolyte Taine, Gustav Le Bon, Max Nordau, Cesare Lombroso y Charles Letourneau.

Por esos años se crearon las primeras cátedras de Sociología, en general, en el seno de las Facultades de Filosofía, Derecho o Economía. Estas cátedras eran ámbitos en los que se impartían explicaciones de las instituciones de gobierno y de las mentalidades, a partir de teorías acuñadas en Europa, pero importadas para interpretar problemas locales. Según los datos relevados por Blanco (2005, p. 25), la Universidad de Bogotá abrió el primer curso de sociología en el mundo en 1882, incluso una década antes de que se inaugurara uno en Chicago.

Blanco (2005) y Viales (2006) coinciden en un hallazgo que indica un desarrollo pionero: la creación del Instituto de Ciencias Sociales, en Caracas, en 1877. Carlos León, abogado recibido en la Universidad Central de Venezuela, es considerado su padre fundador. Alejado del país por motivos políticos, se desempeñó en Francia como agregado diplomático (1893-1894). Allí conoció las teorías y tendencias políticas en boga en Europa. De vuelta en Venezuela introdujo en sus cursos las lecciones de Émile Durkheim. En 1904, publicó *Elementos de Sociología*, donde plasmó sus conocimientos sobre este clásico de la disciplina.

En Argentina, la primera cátedra de Sociología fue creada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en 1898, y estuvo a cargo de Antonio Dellepiane y más

tarde de su gran mentor, Ernesto Quesada. La segunda cátedra de Sociología de la Universidad de Buenos Aires se creó en 1908, en la Facultad de Derecho, y su primer profesor fue Juan Agustín García. En el mismo país, Carlos Octavio Bunge creó la primera cátedra de Sociología en la Universidad de La Plata, en 1906, de la que se hizo cargo Agustín Álvarez tres años después. En Venezuela se creó una cátedra de Sociología en la Universidad Central, en 1902, y más tarde otra en la Universidad de Los Andes (Tavares-dos-Santos y Baumgarten, 2006). A estas se agregaron: en 1900, en Asunción (Paraguay); en 1906, en Quito (Ecuador); y en 1907, en Guadalajara (México) (Blanco, 2005, p. 25).

También en esta época se publicaron numerosos estudios de sociología. Algunos ejemplos son: del portorriqueño Eugenio María de Hostos, *Tratado de Sociología* (1904); del mismo año, del argentino Ernesto Quesada, *La Sociología*; del argentino José Ingenieros, *Sociología Argentina* (1908); del venezolano Laureano Vallenilla Sanz, *Cesarismo democrático* (1919).

En una lectura de las “continuidades”, tal como propone Viales (2006), puede decirse que lejos de la etiqueta de “ensayo”, estas experiencias se autoerigieron como discursos “científicos” sobre la realidad social. En los años siguientes el pensamiento social continuó reivindicando el estatus de “ciencia positiva”, con la creación de “escuelas” de sociología y la institucionalización de la sociología “académica” (Blanco y Jackson, 2017).

En Brasil el proceso de institucionalización de la sociología y de las facultades en la universidad fue simultáneo. En 1933 se creó en San Pablo la Escuela Libre de Sociología y Política, y en 1934 la Universidad de São Paulo (USP), con la colaboración de notables intelectuales, entre ellos el sociólogo Fernando de Azevedo. En 1939 apareció en San Pablo la primera revista especializada, *Sociología*. Fernando de Azevedo fue quien introdujo en Brasil la obra de Durkheim; en 1935 fundó la Sociedad Brasileña de Sociología; ese mismo año publicó *Principios de Sociología* y, en 1943, *A cultura brasileira*, una obra de historiografía en la que asumió una posición

netamente nacionalista. Entre 1941 y 1943 fue director de la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la USP, donde más tarde fue jefe del Departamento de Sociología y Antropología (1947). En su cátedra de Sociología tuvo como asistente a quien sería otro notable intelectual brasileño, Florestan Fernandes. Ambos alimentaron la hibridación de disciplinas, en el primer caso la Sociología, las Letras y la Educación, y en el segundo primordialmente la Sociología y la Historia.

En la saga tratadista que se había iniciado a comienzos del siglo XX, el sociólogo Gilberto Freyre publicó *Tratado de Sociología* (1931). Pero su aporte más significativo para la constitución de una sociología latinoamericana fue seguramente *Casa Grande e Senzala. Formação da família brasileira sob o regime de economia patriarcal* (1933), un estudio sobre el esclavismo, precursor de los estudios sobre la plantación y su incidencia sobre la macrosociedad. Este trabajo tiene un gran valor intelectual, más allá de las numerosas críticas que ha recibido por presentar una versión “atenuada” de las relaciones de explotación esclavistas (Ansaldi, 1994). Más tarde, numerosos sociólogos, antropólogos e historiadores se abocaron al estudio de estos temas. Cuando Florestan Fernandes comenzó su carrera profesional se ocupó de un problema social muy singular que apremiaba en su país: el esclavismo, que (junto con Cuba) Brasil mantuvo hasta fines del siglo XIX. Fernandes participó de una investigación de la UNESCO sobre el prejuicio racial, coordinada por el profesor francés Roger Bastide, que sería publicada en 1955 bajo el título *Relações raciais entre negros e brancos em São Paulo: ensaio sociológico sobre as origens, as manifestações e os efeitos do preconceito de cor no município de São Paulo*. Fue en este momento que se hizo cargo de la cátedra de Sociología de la USP (Blanco y Jakson, 2017). Más tarde también se ocuparía del tema de la esclavitud el joven Fernando H. Cardoso (Viales, 2006)⁷.

7 Entre los estudios pioneros de las sociedades esclavistas también hay que mencionar el del cubano Fernando Ortiz y su *Contrapunteo cubano del azúcar y el tabaco*

Como en Brasil, también en Argentina es evidente la marca de la hibridación. En 1940 se creó el Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, llamativamente a instancias de un historiador: Emilio Ravignani. Y en 1942 se editó la primera publicación científica exclusivamente sociológica, el *Boletín del Instituto de Sociología* de la mencionada facultad, notablemente, proyectos dirigidos por el sociólogo (luego devenido historiador) Ricardo Levene, iniciado en la ya mencionada cátedra de Quesada. A instancias del italiano Gino Germani, a partir de estas experiencias se creó la carrera de Sociología en la UBA, en 1957⁸.

En esos años, otro reconocido pensador fue impulsor de la sociología académica argentina: Alfredo Poviña, quien se doctoró en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, en 1930, con la tesis *Sociología de la Revolución* (Blanco, 2005, p. 24). En los años cuarenta fue profesor de Sociología en la UBA. Si en la disputa con Germani, éste se consagró como padre de la sociología en Argentina, Poviña fue señalado como “alma y motor del ALAS” (referencia recogida por Blanco, 2005, p. 25). La Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) se creó durante el Primer Congreso Mundial de Sociología, organizado por la *International Sociological Association* (ISA) en Zurich, en 1950 (Blanco, 2005, p. 23). El primer Congreso ALAS tuvo lugar en Buenos Aires, en 1951, presidido por Alfredo Poviña.

En el ámbito nacional, en los años cincuenta, la creación del ALAS estuvo acompañada por la creación de la Sociedad Mexicana de Sociología; la Sociedad Chilena de Sociología; la Socie-

(1940), prologado por el célebre antropólogo estructural-funcionalista Bronislaw Malinowski.

8 Con menos proyección en la región, en 1940, José Antonio Arze fundó el Instituto de Sociología Boliviana de la Universidad Mayor de San Francisco Xavier de Sucre, y dos años más tarde apareció la *Revista del Instituto de Sociología Boliviana*. También, en 1941, Rafael Bernal Jiménez fundó el Instituto Colombiano de Sociología (Blanco, 2005).

dad Boliviana de Sociología; la Sociedad Ecuatoriana de Sociología; la Sociedad Argentina de Sociología (fundada por Poviña) y la Asociación Argentina de Sociología (en 1960, respuesta de Germani a la anterior).

En otros países estas “sociedades” nacionales se crearon simultáneamente con los “institutos”. Fue el caso de Perú, con el Instituto Peruano de Sociología, fundado por Roberto Mac-Lean Estenós, y la Sociedad Peruana de Sociología, fundada en 1957 (Blanco, 2005, p. 30). También fue el caso de Uruguay, donde la primera cátedra de Sociología se creó en 1951, en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de la República, y luego otra en 1952, en la Facultad de Arquitectura de la misma universidad, junto con la creación de la Asociación Uruguaya de Ciencias Sociales, presidida por Isaac Ganon. En Uruguay, además, en 1958 se creó el Instituto de Ciencias Sociales, al mismo tiempo que otro referente de la sociología latinoamericana, el Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH). En Chile, en 1951 se creó el Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Por último, también en Venezuela, en 1951 se creó la Sociedad Venezolana de Sociología, fundada por José Rafael Mendoza, y el Departamento de Sociología y Antropología de la Universidad Central de Venezuela, creado en 1953 (Tavares-dos-Santos y Baumgarten, 2006).

Pensar desde América Latina: la marginalidad creadora

Las posiciones críticas dentro de la sociología latinoamericana surgieron en el seno mismo del estructural-funcionalismo. En México, Lucio Mendieta y Núñez impulsó el Instituto de Investigaciones Sociales en la Universidad Nacional Autónoma de México, en 1939. Ese mismo año apareció la hoy renombrada *Revista Mexicana de Sociología*. Y también llegaba al país el exiliado español José Medina Echavarría, considerado uno de los padres fundadores de la sociología latinoamericana.

Con reservas sobre la neutralidad valorativa, Medina Echavarría instaló en las páginas de la mencionada revista una pregunta que signaría su trayectoria: cómo dotar de rigor científico a la sociología (Morales, 2010). Así, en 1940 publicó *Panorama de la Sociología Contemporánea*, y en 1941 *Sociología: teoría y técnica*. Pronto se consagró como un referente y en 1943 se hizo cargo del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México, creado ese mismo año. En 1944, en el seno de ese centro, organizó el “Seminario Colectivo sobre América Latina”. Según Morales (2010), fue un ciclo de doce encuentros con la participación, entre otros, de Raúl Prebisch. El propósito del seminario era “la investigación continuada y sistemática de la realidad social americana”, con un enfoque multidisciplinario y abocado a los problemas del desarrollo y la modernización social que el contexto mundial imponía. La condición de español exiliado en México fue sin duda un elemento crucial para colocar un puente entre Europa y América Latina, y pensar con categorías europeas desde y para las sociedades latinoamericanas. Medina Echavarría tradujo y publicó en aquel mismo año 1944, *Economía y Sociedad*, de Max Weber.

En 1952 Medina se radicó en Chile y se vinculó a la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), fundada en 1948. La CEPAL fue una extraordinaria experiencia de hibridación de disciplinas (economía y sociología primordialmente). El pensamiento de Prebisch y un grupo de notables economistas y sociólogos dio forma a la producción intelectual de este organismo. En este marco, Medina elaboró su reflexión acerca de las consecuencias sociales del desarrollo económico en el pensamiento sociológico, probablemente influido por la lectura crítica de Weber. Así, Medina propuso una visión que intentaba superar la influencia del funcionalismo a partir de una relectura y adaptación del modelo weberiano para la realidad social de América Latina (Morales, 2010). En 1957 se creó la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), financiada por la UNESCO en el marco de su compromiso con el desarrollo de las ciencias sociales en la región. Medina Echavarría fue el primer director de FLACSO y

allí publicó *Aspectos sociales del desarrollo económico* (1959), donde plasmó esta trayectoria previa.

Otra matriz de institucionalización de la sociología en América Latina fue la personificada por el italiano Gino Germani en Argentina. Retomando al Germani de *Política y Sociedad en una época de transición* (1962), Ansaldi (1992, p. 69) afirma que “la introducción de la dimensión histórica en los análisis sociológicos y económicos (luego también en los políticos) altera en mayor o menor medida el paradigma estructural-funcionalista”⁹.

Tal como advierte Torres Rivas (1990), “la obra de Germani no fue objeto de polémica abierta, sino mucho tiempo después”. Cautó respecto del sobredimensionamiento de los vínculos de la sociología “científica” con algunos referentes de la sociología histórica comparada de los años cincuenta y sesenta (e.g. Polanyi, Bendix), Torres Rivas dice, a propósito de Germani: “utiliza las luminarias del momento como Polanyi, Gurvitch, Sorokin, Nadel, Bendix y otros, que conformaban lo actual —el estilo del momento— de la expansiva onda sociológica norteamericana de la posguerra. Conocerlos o citarlos era, como ahora con otros autores, un atributo erudito o un tributo a la moda”.

El libro de Germani *Política y Sociedad en una época de transición*, que Ansaldi (1992) señala como uno de los textos que permite explorar las relaciones entre sociología e historia en la producción científico-social de América Latina, es producto de este contexto de expansión de la sociología histórica norteamericana. Se trata de un libro que pertenece, como sostiene Delich (1977), al “segundo Germani”, aquel que era director del Instituto de Sociología, fundador del Centro de Investigaciones Comparadas del Instituto Torcuato Di Tella e impulsor de la sociología latinoamericana (con la *Revista Latinoamericana de Sociología*).

9 Cardoso y Faletto (1990, p. 12) afirman que, en este libro, Germani fue quien “logró posiblemente la mejor formulación de esta perspectiva [la del “modelo” de “paso de una sociedad tradicional a una de tipo moderno”].

Según el mismo Delich (1977, p. 49), las “preocupaciones e hipótesis” de ese Germani “desbordan largamente las propias categorías parsonianas”. El autor encuentra en esto un punto débil de la elaboración teórica de Germani, pues este se propone precisamente ajustarse a un análisis estructural funcionalista de la modernización social, sobre la base de un análisis dicotómico (tradicición/modernidad). Sin embargo, es la ambigüedad de la sociología de este periodo, una sociología que asume los postulados funcionalistas y al mismo tiempo los desborda, el elemento que permite entender el surgimiento de la sociología crítica latinoamericana¹⁰.

En general, se asume que Germani es el padre fundador de la carrera de Sociología en Argentina. Pero Germani no estuvo solo en la empresa, fue ante todo una figura aglutinante de un conjunto heterogéneo de jóvenes intelectuales, entre los cuales descolló por su inteligencia aguda Jorge Graciarena.

De esta fase de gestación de la sociología académica surgió un texto emblemático que publicaron Germani, Graciarena y Di Tella —otro de los jóvenes destacados que participaron de la institucionalización de la sociología en el país—. Bajo el título *Argentina, sociedad de masas*, los autores compilaban algunas de las intervenciones de los participantes en las Jornadas Argentinas y Latinoamericanas de Sociología realizadas en Buenos Aires, en septiembre de 1961, en el marco de la conmemoración del Sesquicentenario de la Revolución de Mayo (Sánchez Crespo, 1961).

En dicha ocasión, Graciarena presentó “Desarrollo y política”. Ese mismo año también produjo “Dos alternativas políticas del desarrollo: cambio gradual o revolución”, en el cual ya des-puntaba el sociólogo comprometido con indagar sobre los gran-

10 García (2007) se detiene especialmente en esta ambigüedad y propone el concepto “modernidad como crisis” para entender la originalidad de la obra de Germani.

des tópicos de la sociología histórica, en este caso el cambio social en gran escala (Ansaldi y Giordano, 2014).

Graciarena es otro ejemplo de hibridación. Se recibió de Contador Público Nacional en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA y obtuvo el título de Doctor en Economía en la misma institución, y desde allí incursionó en la sociología, a tal punto de ser uno de los protagonistas del proceso de internacionalización y regionalización de las ciencias sociales latinoamericanas entre las décadas de 1950 y 1970. Aunque su nombre haya quedado opacado detrás de figuras más transitadas por la historia de las ideas, tales como Medina Echavarría y Germani, que sin duda hicieron grandes aportes a dicha internacionalización y regionalización, vale la pena dedicar unos párrafos al pensamiento de Jorge Graciarena.

Como se ha dicho, Graciarena había acompañado a Germani en la fundación de la carrera de Sociología en la UBA. En 1964, el Instituto Di Tella organizó una Conferencia sobre Investigación Social Comparativa en los Países en Desarrollo, un evento en el que “quizás por primera vez se reunieron investigadores sociales europeos, norteamericanos y latinoamericanos con el fin de discutir problemas vinculados con la investigación social en América Latina” (citado en Giordano, 2014). De este diálogo fructífero surgió la crítica a la ortodoxia y comenzó a despuntar cierta inquietud por una reflexión propia.

Allí Graciarena presentó la ponencia “Algunas consideraciones sobre la cooperación internacional y el desarrollo reciente de la investigación sociológica en América Latina” (luego incluida en su libro *Poder y Clases Sociales en el Desarrollo de América Latina*, 1967). En ese texto afirmaba: “el desarrollo de la sociología como ciencia exige que se tomen en cuenta las peculiaridades históricas de América Latina y de sus diferentes sociedades nacionales” (Graciarena, 1967, p. 271).

En línea con las críticas que la sociología científica estaba recibiendo en esos años sesenta, Graciarena (1967, p. 272) llamaba a no resignar la abstracción, pero proponía como “requisito heu-

rístico" necesario, "vigilar continuamente su congruencia con la realidad y con la historia". Recordemos que en 1959 el sociólogo norteamericano Charles Wright Mills publicó *La imaginación sociológica*, un libro que sondeaba las implicaciones de las ciencias sociales para el desarrollo de las tareas políticas de su tiempo. Wright Mills también tenía una postura crítica de la "gran teoría". Pero al mismo tiempo desestimaba el "empirismo abstracto". La crítica de este sociólogo se basaba en que, lejos de tener un carácter emancipatorio, la sociología profesional, practicada en cualquiera de estas dos versiones, operaba a favor del interés de las "elites de poder". Recordemos también que en 1962 apareció en Buenos Aires la edición en castellano del libro de Wright Mills con prólogo de Germani.

También del estructuralismo de la CEPAL surgieron referencias del pensamiento crítico latinoamericano. Este devenir del estructuralismo estuvo permeado por las circunstancias. En 1964 un golpe de Estado inauguró una larga dictadura en Brasil. En 1966 otro golpe interrumpió el orden democrático en Argentina, inaugurando una dictadura más breve que la brasileña, pero seguida de otra más brutal por el ejercicio del terrorismo de Estado. En este escenario, muchos de los intelectuales con voluntad de crítica se vieron expulsados de sus países de origen o se albergaron en organismos internacionales que fungieron de instituciones paraguas. Así, el pensamiento de estos intelectuales se latinoamericanizó y se hibridó con otras disciplinas.

La posición hibridante aparece muy claramente en los sociólogos Fernando H. Cardoso de Brasil y Enzo Faletto de Chile. Graciarena aconsejaba una "actitud cautelosa, aunque imaginativa", y esta parece haber sido la asumida por ellos. En 1967 elaboraron un informe que se publicaría dos años después bajo el título *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*, una de las enunciaciones vernáculas más lúcidas del pensamiento crítico latinoamericano, entendido como sociología histórica, en el que el cambio social es definido como un proceso histórico conflictivo.

En 1967, el encuentro de Fernando H. Cardoso y Enzo Falleto en el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES) dotó a la sociología latinoamericana de nuevos re- fuerzos para la hibridación entre sociología e historia. Sin duda, la influencia de José Medina Echavarría fue decisiva (Morales, 2012). En efecto, el problema que sus autores tenían entre manos era la definición de la noción “desarrollo”. Cardoso y Faletto (1990, p. 31) se embarcaron en la empresa de una definición original del cambio social, para evitar “presentar como una desviación lo que realmente es una manera de ser”. Según estos autores, asumir el carácter histórico del cambio “no significa aceptar el punto de vista ingenuo que señala la importancia de la secuencia temporal para la explicación científica —origen y desarrollo de cada situación social—, sino que el devenir histórico sólo se explica por categorías que atribuyan significación a los hechos y que, en consecuencia, se hallen históricamente referidas”, y para ello acuñaron el concepto “situación de dependencia” como “concepto causal-significante” históricamente referido (Cardoso y Faletto, 1990, pp. 18 y 20).

Los modos de articulación de lo interno y lo externo que Cardoso y Faletto resumen en la categoría “situación de dependencia”, es una visión cuyas implicancias son similares a las propuestas por ejemplo por la sociología histórica de Estados Unidos, con la consideración de las relaciones sociales dentro de los márgenes de un Estado y su interconexión con otros Estados (Tilly 1991, p. 30) o la definición del Estado como “dual”: domésticamente, centralizado territorialmente; externamente, involucrado en la geopolítica (Mann, 1993, p. 9).

Cardoso y Faletto oscilaron entre un enfoque de clase y un enfoque nacional, asumiendo la potencial autonomía de las naciones-Estado para superar la situación de dependencia (Beigel, 2006). Más allá de las discusiones que puedan entablarse en torno a esta cuestión, lo cierto es que una novedad que trajo la crítica elaborada por estos autores a las teorías estructuralistas y funcionalistas fue la utilización de la comparación histórica, tomando como unidades de análisis a las naciones-Estado.

En un artículo en el que reivindica una forma de comparación que reintegre la teoría y el método de manera reflexiva, McMichael (1992, p. 382) sostiene que el libro de Cardoso y Faletto se ubica en la categoría de “comparación integrada”. A diferencia de los análisis en los cuales la comparación sigue a la selección del objeto “como instrumento metodológico aparte”, con el objetivo de “determinar la no variación en las configuraciones de variables causales”, en la “comparación integrada” esta es “parte inseparable de la selección del objeto de investigación”. En el primero de estos procedimientos, las unidades comparadas “no tienen prácticamente relación de tiempo y espacio y, con todo, repiten un proceso universal como el ‘desarrollo nacional’”. En el segundo, las unidades comparadas y los conceptos utilizados para asirlas están históricamente referidas y son parte inseparable de la construcción teórica y metodológica del objeto de investigación.

En *Dependencia y Desarrollo*, Cardoso y Faletto utilizan la forma “sincrónica” de “comparación integrada”. Según McMichael, ésta “entraña la comparación a través del espacio dentro de una única coyuntura histórica mundial”. Las unidades de análisis pueden compararse como unidades diferenciadas dentro de una misma coyuntura. Se comparan segmentos de un todo contradictorio, en el que los segmentos son comparables porque se interrelacionan mediante un proceso común.

Es decir, la coyuntura se define como una yuxtaposición de segmentos históricamente distintos. Así pues, la comparación de estos segmentos conectados revela la dinámica contradictoria (según las dimensiones parte/parte y parte/todo) que da una contextura y una interpretación histórica tanto a los segmentos como al todo. Tal como sostiene este autor, el concepto mismo de dependencia en Cardoso y Faletto “obtiene coherencia (unidad en la diversidad como condición global) mediante la comparación histórica” (McMichael, 1992, pp. 384-385).

Esta forma de entender el tipo de comparación que Cardoso y Faletto realizan en *Dependencia y Desarrollo*, complejiza la clasi-

ficación que proponen Skocpol y Somers (1980) o la que proponen Bonnell (1980) o Tilly (1991), textos clásicos sobre los tipos de comparación en sociología histórica.

Por ejemplo, Forni (2012) utiliza la clasificación de Skocpol y Somers y propone enmarcar el trabajo de Cardoso y Faletto en el tipo de comparación que las autoras denominan “demostración paralela de teoría”. Según explican las autoras, en este tipo de comparación se yuxtaponen historias de caso para persuadir al lector de la validez de una hipótesis o teoría. En el caso de Cardoso y Faletto, el interés de la comparación radicaría en convencer a los lectores de la validez de su forma particular de entender la teoría de la dependencia. Forni (2012) entiende que:

Los capítulos III al IV aplican una perspectiva histórica comparada al desarrollo económico de los países de América Latina desde el período colonial hasta mediados del siglo pasado. El procedimiento es siempre el mismo, se van exponiendo en forma sintética distintos casos nacionales con el propósito de ilustrar el funcionamiento de la teoría planteada en los dos capítulos iniciales. La capacidad de realizar análisis y formular explicaciones plausibles de la diversidad de casos y períodos, así como la constante comparación entre los mismos aporta decididamente a la exposición de la teoría de la dependencia (p. 26).

No obstante, coincidimos con Beigel (2006, p. 297) en que “La categoría de dependencia se presentaba, antes que como una teoría, como un *problema teórico*”. Como expresáramos recurriendo a McMichael, la comparación integrada supone que esta es parte constitutiva de la construcción del problema de investigación. No se trata de usar la comparación para ilustrar una teoría, sino de usar la comparación para resolver un *problema teórico*. Cardoso y Faletto buscaron para ello construir categorías que atribuyeran significación a los hechos y que estuviesen históricamente referidas. Como se ha dicho, uno de los conceptos causal-significantes

fue el de “situación de dependencia”, que los autores emplearon para dar cuenta de los modos de articulación de lo interno y lo externo, de lo económico y de lo político, de la autonomía nacional y de la dependencia externa. Como sostiene Beigel (2006):

La crítica del economicismo, que ellos mismos venían formulando, les recordaba que no debían situar esta forma de dominación exclusivamente en el plano productivo. Razón por la cual fue planteada como una situación que ocurría en determinadas condiciones estructurales nacionales e internacionales, aludiendo directamente a las vinculaciones entre el sistema político y el sistema económico (p. 297).

En breve, esta particular noción de dependencia permite realizar un análisis de los condicionamientos histórico-estructurales, rescatar la importancia de la acción en los procesos históricos (significación) y abordar la relación compleja entre los factores externos e internos que influyen en todo proceso, o, dicho en los mismos términos en los que sus mentores lo formulan, “las características de las sociedades nacionales que expresan las relaciones con lo externo” (Cardoso y Faletto, 1990, p. 27).

Muy breves palabras finales

En 1992 Waldo Ansaldi creó un espacio de “taller” orientado a la investigación de temas de sociología histórica de América Latina, para estudiantes y graduados de la carrera de Sociología en la UBA. Por esos años, la idea que sostenía que América Latina “no existe” estaba generalizándose al compás de una globalización que, aunque no desestimaba la integración regional (con el recién creado MERCOSUR), estimulaba la fragmentación regional (de lo cual la proliferación de tratados bilaterales de libre comercio con Estados Unidos es un claro signo). Ansaldi enseñaba una versión vernácula de la metáfora de Fernand Braudel —“Lo social es una liebre esquiva”— diciendo: “América Latina es una liebre esquiva”. Y las sesiones del Taller de Investigación en So-

ciología Histórica de América Latina (TISHAL) estaban dedicadas a la reflexión sobre las teorías y los métodos para “atraparla”. Hoy el taller sigue integrando la oferta de cursos de la carrera de Sociología. Las reflexiones que compartimos en este artículo son resultado de esta larga experiencia de docencia e investigación¹¹.

Durante esos aciagos años noventa no sólo se levantaban voces que afirmaban que América Latina no existía, sino que además los autores más descollantes del pensamiento crítico latinoamericano brillaban por su ausencia en los programas de las materias de la carrera de Sociología. Con una “ciencia propia” devaluada, la iniciativa de Ansaldi de dictar un Taller de Investigación en el que se revisaran textos de sociología histórica de Estados Unidos (Charles Wright Mills, Barrington Moore, Theda Skocpol, Reinhart Bendix, etc.) y de Inglaterra (Perry Anderson, Samuel Eisenstat, E. P. Thompson, etc.), tuvo un efecto legitimador de “nuestra” sociología histórica latinoamericana. Este campo de investigación “nuestro” se legitimaba en la demostración del estatuto científico de la sociología crítica latinoamericana como sociología histórica.

Como esperamos haber dejado en evidencia a lo largo de este artículo, la posibilidad de pensar en los bordes de los círculos disciplinarios y de los centros hegemónicos de pensamiento sin duda fue una empresa que redundó en la supervivencia de un pensamiento propio: desde y para América Latina. Un verdadero proyecto intelectual de transformación social que había sido muy productivo en los años sesenta y setenta, y que en la coyuntura de los noventa permitió mantener viva y avivar la llama de la crítica para fortalecer la formación de grado y posgrado como apuesta a la formación de profesionales comprometidos.

11 Me incorporé como estudiante en el taller en esa primera cohorte. Por entonces el proyecto matriz al cual se vinculaba era “Los mecanismos de la dominación oligárquica en América Latina”. Hoy el proyecto matriz es “Nuevas derechas y democracia en América Latina, 1980-2010”. Véase: geshal.sociales.uba.ar

En la actual coyuntura, de embate contra el pensamiento crítico, contra la historia y contra la política entendida como lucha por el poder y no meramente como competencia electoral, muchos sociólogos seguimos reponiendo la perspectiva de la sociología histórica latinoamericana para descifrar el presente e imaginar el futuro.

Referencias

- Abrams, Ph. (1982). *Historical Sociology*. Sommerset: Open Books.
- Adams, J., Clemens E. & Orloff A. S. (eds.) (2005). Social theory, modernity and the three waves of historical sociology, en J. Adams, E. Clemens & A. S. Orloff, *Remaking modernity: politics and processes in historical sociology*. Durham and London: Duke University Press.
- Ansaldi, W. (1992). De historia y de sociología: la metáfora de la tortilla, en J. Jorrat y R. Sautu (comps.), *Después de Germani: Exploraciones sobre estructura social en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- Ansaldi, W. (1994). Elementos adicionales para el estudio de las sociedades de plantación en América Latina. A modo de introducción, en W. Ansaldi (comp.), *Sociedades de plantación en América Latina*, mimeo.
- Ansaldi, W. y Giordano V. (2014). Jorge Graciarena en perspectiva comparada. Notas in memoriam. *Entramados y Perspectivas*, 4(4).
- Beigel, F. (2006). Vida, muerte y resurrección de las teorías de la dependencia, en F. Beigel, A. Falero, J. Gandarilla Salgado, N. Kohan, L. Landa Vázquez, C. E. Martins, C. Nahón, C. Rodríguez Enríquez y M. Schorr, *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano* (pp. 287-326). Buenos Aires: CLACSO.
- Blanco, A. (2005). La Asociación Latinoamericana de Sociología: una historia de sus primeros congresos. *Sociologías*, 14, 178-243.
- Blanco, A. y Jackson L. C. (2017). Jefes de escuela en la sociología latinoamericana: Gino Germani, Florestan Fernandes y Pablo González Casanova. *Sociológica*, 32(90), 9-46.
- Bonnell, V. E. (1980). The uses of theory, concepts and comparison in historical sociology. *Comparative Studies in Society and History*, 2(2), 156-173.

- Bourdieu, P. (2000). Acerca de las relaciones entre la sociología y la historia en Alemania y en Francia. *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, 7, 183-215.
- Cardoso, F. H. y Faletto E. (1990). *Dependencia y Desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1ra. Edición 1969.
- Delich, F. (1977). *Crítica y Autocrítica de la Razón Extraviada. Veinticinco Años de Sociología*. Caracas: El Cid Editor.
- Dogan, M. y Pahre, R. (1993). *Las nuevas ciencias sociales. La marginalidad creadora*. México DF: Grijalbo.
- Forni, P. (2012). De Bacon y Mill a la lógica difusa. La investigación comparativa en Ciencias Sociales. *Prisma Social. Revista de Ciencias Sociales*, 9, 28-56.
- Funes, P. y Ansaldi, W. (2004). Cuestión de piel. Racialismo y legitimidad política en el orden oligárquico latinoamericano, en W. Ansaldi (coord.), *Calidoscopio latinoamericano. Imágenes históricas para un debate vigente*. Buenos Aires: Ariel.
- García, L. I. (2007). La modernidad como crisis. Apuntes para una relectura de Gino Germani. *Modernidades, CIFFyH*, Universidad Nacional de Córdoba, 3(6).
- Giordano, V. (2014). La sociología histórica y la sociología latinoamericana. La comparación en nuestras ciencias sociales. *Revista de la Red Intercatedras de Historia de América Latina Contemporánea* (segunda época), 1.
- Giordano, V. y Soler L. (2015). Editoriales, think-tanks y política. La producción y circulación de las ideas de las nuevas derechas en Argentina. *Revista Paraguaya de Sociología*, Asunción.
- Giordano, V. (en prensa). Las ciencias sociales y los intelectuales en la perspectiva de las derechas latinoamericanas hoy. *Dossier*.
- Graciarena, J. (1967). *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*. Buenos Aires: Paidós.
- Hale, Ch. (1991). Ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930, en L. Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, tomo 8. Barcelona: Crítica.
- Mann, M. (1993). *The sources of social power*, vol. II. Cambridge: Cambridge University Press.
- McMichael, Ph. (1992). Repensar el análisis comparado en un contexto posdesarrollista. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 133, 375-390.

- Morales, J. J. (2010). José Medina Echavarría. Un clásico de la sociología mexicana. *Desacatos*, 33, 133-150.
- Morales, J. J. (2012). De los aspectos sociales del desarrollo económico a la teoría de la dependencia: sobre la gestación de un pensamiento social propio en Latinoamérica. *Cinta de moebio*, 45, 235-252.
- Oszlak, O. (1978). Formación histórica del Estado en América Latina: elementos teórico-metodológicos para su estudio. *Estudios CEDES*, 1(3).
- Passeron, J. C. (1994). Historia y sociología: identidad social e identidad lógica de una disciplina, en W. Ansaldi (comp.), *Historia / Sociología / Sociología histórica* (pp. 49-70). Buenos Aires: CEAL.
- Sánchez Crespo, A. (1961). Jornadas Argentinas y Latinoamericanas de Sociología. *Desarrollo Económico*, 1(3), 229-242.
- Skocpol, T. (ed.) (1991). *Vision and Method in Historical Sociology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Skocpol, T. & Somers M. (1980). The Uses of Comparative History in Macrosocial Inquiry. *Comparative Studies in Society and History*, 2(2), 174-197.
- Tavares-dos-Santos, J. V. & Baumgarten M. (2006). Latin American sociology's contribution to sociological imagination: analysis, criticism, and social commitment. *Sociologías*, 1, Special Edition.
- Tilly, Ch. (1991). *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*. Madrid: Alianza Editorial.
- Torres-Rivas, E. (1990). Retorno al futuro. Las ciencias sociales vistas de nuevo. *Nueva Sociedad*, 108, 18-27.
- Tosta, V. (1969). *Manual de Sociología*. Caracas: Gráfica Herpa.
- Viales Hurtado, R. (2006). La sociología latinoamericana y su influencia sobre la historiografía (siglo XIX a 1980), en E. C. de Rezendé Martins (ed.), *Historia general de América Latina*, Tomo IX. Madrid: UNESCO/Trotta.
- Wallerstein, I. (coord.) (1996). *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI/UNAM.